

tentes eran gentes que no lo habían hecho en muchos años; la mayor parte de ellos de 18 años, y yo confesé hasta de cuarenta.

En semana santa, a pesar de no ser más que dos PP., hicimos todos los oficios y la gente atraída por la novedad nos honraba con una gran concurrencia.

Así llegamos hasta principios de mayo en que el P. Provincial llamó al P. Jacobino, y mandó a los PP. Vicente y Ambrosio.

Entonces comencamos el ejercicio del mes de las flores en honor de la V. S. y el P. Ambrosio predicó todo el mes con notable fruto de los oyentes que acudían cada día en mayor número a oír la divina palabra.

Entre tanto las obras iban adelantando y el pueblo nos tomaba cada vez más afecto por encontrarnos siempre dispuestos a asistir a los moribundos que puede decirse corrían todos a nuestro cargo. También influyó mucho a nuestra popularidad los muchos matrimonios que por mi medio se arreglaron, de los que antes vivían en concubinato. De esto hay mucho en Baravaca.

Así llegamos hasta el 29 de septiembre que se hizo la inauguración, cuya reseña puede ver en El Monte Carmelo n.º 105.

Quedó de 1.º Vicario el P. Virgilio. Los conventuales fuimos el P. Antonino, P. Victorino y yo. Además PP. Colegiales Antonio, Luis, Bernardo y Rafael. Hermanos Bautista, Fernando, Carlos y Esteban.

Mucho hay que decir respecto a la paz y armonía de la Comunidad, pero lo que yo puedo decir es que ha dejado en mi corazón honda e imperecedera memoria.

Aquí concluyo, porque si he de decirle la verdad, me he cansado; el tiempo<sup>se</sup> pasa y no estoy de humor para más.

